

Carlos Selva

ADAN VIVAS

No vamos a encontrar en este personaje un político. Si es cierto que por su calidad de escritor y publicista ha tenido que andar de mano, trayendo y llevando los asuntos que se relacionan con el sistema interior del país, y ha tenido que encontrarse en relaciones ayer buenas, hoy malas con los gobiernos de Nicaragua, no ha sido él un factor directo ni importante en las cuestiones públicas que han envuelto a D. José D. Gámez o a D. Anselmo H. Rivas. Selva no puede seguir al escenario de las luchas nacionales, al de las intrigas de alto coturno, a las dos figuras de que hacemos mención en estas líneas. No lo ha pretendido tampoco. Pudo conocer que no era a propósito ni para gobernar ni para vivir sumiso a régimen alguno en que tuviera que contemporizar con ideas que le impusieran los hombres de más valía que él en los círculos del poder.

Aunque Carlos Selva haya tenido una palabra para casi todos los principales acontecimientos que han ocurrido en la América Central, desde que él tuvo el suficiente conocimiento para tomar la pluma, hasta el día en que aun no parece haber abandonado su tarea; aunque todo cuanto de él tenemos se relacione íntimamente con nuestras contiendas civiles e internacionales, no se le puede calificar entre los hombres que antes que todo se han lanzado de lleno en el redondel angustioso, pero algunas veces lucrativo, en donde se consiguen ministerios, diputaciones, y presidencias, cimas desde las cuales es fácil engañar, pero también muy fácil llegar a ser el engañado. Pero si Selva no ha merecido en su patria uno de esos puestos que hacen de quien los tiene la mira de la generalidad, en cambio el que se ha conquistado no está expuesto a desaparecer mañana bajo las olas de una marea de opiniones y de hechos; no quedará reducido a la nada del abandono y del olvido, ni cuando pase sobre su dueño el frío torrente de la tumba. Hay seres que nunca son propuestos para nada serio en los negocios públicos, aunque buenamente se les admire bajo otras fases de su vida. A quien se le ve algo de artista se le acostumbra negar, principalmente entre nosotros, toda facultad que pueda aprovecharse en el bienestar común. Un hombre franco, inspirado, que habla en voz alta y que no se ciñe respetuosamente al fallo de la mayoría, aunque ella esté compuesta de niveles muy bajos, queda como si dijéramos fuera de todo consejo en los negocios de Estado; y si se le aplaude cuando deja conocer sus ideas por la prensa, si ellas son acogidas como teóricas lecciones, al que las predica no se le confía nada que se encuentre ligado por

un fuerte consorcio a lo que se llama el gobierno del país. El régimen liberal, duro es confesarlo para los que no militamos bajo su bandera, ha sido un poco más civilizado a este respecto, que lo fue el conservador. Hoy parecen utilizarse a los jóvenes que piensan con cierta dosis de valor y con cierto empuje progresista. Los que se acostumbran a viajar por el camino carretero, no se atreven después a ir por una vía más rápida, y el camino de hierro les produce verdadero terror.

El medio ambiente en que Selva ha vivido, no hay duda que contribuyó en gran manera a formar un carácter en el héroe de este trabajo, bastante diverso al de sus conciudadanos. Casi todos sus días han sido nublados por contiendas privadas o por luchas que pertenecen a la arena de la lid periodística. Sí, no hay duda de que la atmósfera de guerra que Carlos Selva ha respirado tan de continuo, ha moldeado en mucho su fisonomía moral. Pero desde el vientre materno trae aquél germen que en la familia de su padre ha simbolizado un sistema. Heredó varias de las originales costumbres que han estampado en ella una celebridad muy rara y que la han distinguido notablemente entre las otras familias de Nicaragua. La de los Selvas ha marcado su huella con honda impresión en el país, tanto por la excentricidad de sus acciones, cuanto por la fecundidad de su ingenio. Cuéntanse varios suicidas entre los miembros de la casa de cuyo tronco proviene Carlos Selva. Diríase que entre la savia que ha dado vida a esa rama, el hogar de los Selvas, se ha inculcado quién sabe por qué causa, entre el alveolo de una inteligencia superior, el microbio de la monomanía y de la locura. Se han suicidado entre los seres de esa estirpe, desde la joven sonrosada, de ilusiones henchida, hasta el anciano a quien faltaban en el orden natural, pocos meses para entrar a la fosa, pero a los cuales él quiso anticiparse con el cañón de una pistola.

Franco en demasía, casi todos los que vienen de tal progenie, llevan sobre sus labios la verdad amarguísima para quien quiera y para quien no quiera oírla, y nada más de acuerdo con el genio de tales personas que su propio apellido. Algunos de los más netos representantes de esa raza, son completamente selváticos. No han venido al mundo casi con nada de arte de saber disimular; la diplomacia fue completamente desconocida para ellos, aunque en algunos casos muy excepcionales, la especial educación, el roce con personas civilizadas de Europa y de los Estados Unidos y otras circunstancias favorables pa-

ra pulir el carácter, hayan logrado poner una superficie aterciopelada sobre la ruda corteza de la primordial condición.

Como atrás dijimos, los Selvas manifiestan un talento reconocido por todo el país, y con esa carta en blanco, han podido hacerse perdonar muchos errores, y acaso hasta algún crimen fue una vez atenuado, por la simpatía que su autor tenía ganada entre aquéllos que por entonces dirigían la justicia. Uno de los miembros de esta familia quiso también juntarse con las huestes de aquél célebre corsario del Norte, que prendió fuego a Granada. Dotados, sin embargo, casi todos los vástagos de esa vieja mansión, de un pecho sano, sus equivocaciones se deben más al arrebató de sus pasiones y al desequilibrio de su naturaleza, que a la viciada costumbre de hacer daño para gozarse en él. Esa misma abundancia de sensibilidad y de independencia, les ha llevado en ocasiones a chocar con la sociedad, que ha parecido dispuesta siempre a excusar sus desvíos; y si es cierto que no dejan de contar con enemigos en la completa acepción de la palabra, éstos siempre se han tenido que contentar con odiarles en silencio, porque no les encontraron muy cómodos para saciar en ellos su rencor. Debido también a ese mismo exceso de sensibilidad, se han arrojado ciertos individuos de la casa de los Selva, por la senda del vicio; pero aun extraviados en él, sus corazones no se corrompieron jamás y fueron siempre amigables para el dolor ajeno. Otro y de los más sobresalientes defectos de la raza de que venimos hablando, es la inconstancia, la volubilidad sin límites que la trastorna. Estos espíritus inexplicables varían a cada instante, y proverbial es donde quiera que se les conoce, lo que habrán de durar en ellos las emociones del placer o de la tristeza. Como los niños, lloran y ríen con la mayor facilidad. En medio de las lágrimas arrojan una carcajada, y entre los espasmos de ésta, se aniegan en lágrimas sus ojos.

Carlos Selva encarna en sí los delirantes ensueños de sus antepasados, el huracán de sus sentimientos, todas las debilidades que los entregaron con frecuencia al raudal de sus pasiones, pero también como ellos tiene algunas virtudes que predisponen a cuantos las comprenden y estiman, en favor de quien las lleva. Con tal hechura moral, es que nuestro héroe entra, pues, en los torneos del público dominio. Su lanza está en su pluma. Carlos Selva es más bien de baja que de elevada estatura; es gordo, pero no de aquellos cuyo abdomen sumamente abultado los hace aparecer más robustos de lo que son. Su vientre no sale sobre el resto de la superficie, dejando bajo su globo un par de piernas contrahechas. Sus miembros inferiores son bien desarrollados y guardan simetría con el busto que sostienen. Su cabeza es grande, aunque no muy esférica, siendo hacia las sienas algún tanto aplanada; su cabello, donde actualmente relumbran bastantes canas, es lacio y espeso; no usa pelo de barba, pero sí usa bigote, que se mueve de arriba a abajo cuando Selva habla con acaloramiento. Esto le da un ridículo aspecto. Sus facciones, aunque bastante gruesas y mal delineadas, presentan al golpe de vista en su conjunto una estampa de energía, de resolución.

Selva ha vivido, podemos decir que sin hogar. No ha visto en torno suyo en las horas que más ha necesitado

de los afectos que ablandan la dureza de la jornada humana; no ha visto una mujer que a su lado le sirva de Cirineo; no ha visto, cuando ya era tiempo de verlos, hijos cuya sonrisa y cuyo porvenir le hicieran amar el pedazo de tierra donde ellos respiraran. El hombre que sin tales objetos se encuentra en el planeta, si necesariamente tiene un suelo donde ha nacido, sólo tiene una patria a medias, pero no esa patria que se adora más que por ser el abrigo de nuestra cuna, el de aquéllos seres representados en la esposa y en los hijos, que son los que cuidan del techo que nos pertenece. La casa de nuestros padres, es cierto que es la nuestra; pero no están allí nuestros derechos. Ellos están solamente en la morada en que cumpliendo con la Ley de Dios, creced y multiplicaos, hemos ido a llenar de retoños con el fluido de nuestra sangre y con el amor de nuestras almas. Sólo entonces el hombre se siente adherido, sólo cuando ha formado una familia, al sitio en que esa familia le acaricia, le alista la mesa para su comida, su cama para el sueño, y le tiene preparadas sus lágrimas para la hora de la muerte y un recuerdo perenne para cuando duerma en la tumba.

Asegúrase que Selva amó en sus días juveniles a una mujer, pero que ésta no pudo pagar en la misma moneda a su admirador; asegúrase que su corazón ha sido fuertemente "amargado" por esta pesadumbre, y que hoy que Dios ha interpuesto el eterno imposible entre los dos seres que no pudieron ligar aquí en la tierra, Selva tiene todavía en la memoria, fresco y vivo, el pensamiento de su primer ensueño. Si esto así fuese, pobre el hombre contrariado de tal modo en sus mejores esperanzas! Acaso tenga razón cuando equivocadamente busca el olvido en vértigos periódicos. Quizás por esa causa, y sin quizá, de seguro por eso, Selva huye de rama en rama sobre el bosque de la vida; y va, peregrino de todos los pueblos, saludando a todos los cielos con igual indiferencia, comiendo en todas las mesas con un disgusto igual, pisando todos los campos con el mismo desdén. Cuando después del destierro a que le mandó el Presidente Sacasa, hubo de regresar a estas playas, en seguida de la revolución del 28 de abril de 1893, al estrechar nosotros su mano en las riberas del Lago, le dijimos estas palabras: "al fin, amigo, ha dejado usted de comer el llamado amargo pan del ostracismo"; Selva nos respondió con ironía: "El pan del ostracismo lo empiezo a comer ahora". Quiso significarnos, que si volvía a su suelo natal, porque necesidades materiales le impulsaban a él, sentía haber dejado otros lugares donde el torbellino de la civilización ahogaba sus dolencias y aminoraba sus quebrantos.

Defecto que no se apunta en la mayor parte de la familia de Selva y que en él aparece muy delineado, es el del egoísmo, y por lo tanto el de la envidia. De estas tristes enfermedades han padecido hombres muchos más grandes que el escritor granadino, pero no por eso deja de ser una mancha ridícula llevar semejante condena sobre sí. A veces la envidia por el bien ajeno, se presenta en Selva con caracteres tan alarmantes, que por una palabra que se pronuncie en su presencia en favor de una persona, sea o no de su oficio, nuestro protagonista contradice en altas y trémulas voces al que elogia a quien él no quiere que se elogie. Si el ser sobre quien se habla es acaso dado a las tareas literarias, y principalmente si

ese tal es de su país, y se le otorgan los méritos que merece, quien a ello se atreve con conocimiento del señor Selva, puede darse por perdido en su cariño y su estimación. Selva no quiere que en la América Central, y mucho menos, como ya dijimos, en la tierra en que ha nacido, se reconozca entre los escritores vivos, ninguno que pueda, por lo bueno, compararse con él. Lleno de una vanidad inmensa, se juzga muy distinto de lo que es. Su egoísmo le ha privado de muchas cosas de que hoy pudiera disponer. Sacar, aun con el fin más piadoso, un centavo de su bolsillo, es tarea verdaderamente difícil; si llegara a ser rico, sería un avaro. Si le tocan una flor del jardín que ha cultivado, una fruta de las que maneja sobre su mesa, gimotea y protesta que da gusto. Paga mal a sus sirvientes y es duro para con ellos. Intolerante como no hay muchos, jamás perdona una equivocación que le ocasione la más leve contrariedad, y se deshace en imprecaciones contra el infeliz que no supo conducirse a medida de sus caprichos. A pesar de haberle ido mal en el negocio de los amores, no por eso deja de creerse con dotes para emprender una conquista de ese género; y forjando en su cabeza victorias que no existen, todos los días se supone victorioso si emprende las campañas de Cupido, aunque la dama sólo tenga veinte años, y él, como en efecto, ya pase de cincuenta.

Y no es Selva dichoso, como atrás aseguramos que no lo era, y no lo es porque las alucinaciones de la vanidad no deleitan el espíritu, y porque sólo traen la felicidad para éste, los trasportes que nacen de su mismo seno, inspirados por la humildad reconocida o por la tierna gratitud. El hombre que aspira a seducir a una mujer para darse el orgullo de anunciar a los vientos, mía es, no halla en el amor que persigue causa ninguna de verdadero bienestar; pero quien va tras un corazón, porque siente que sin él la vida es una carga, si su afecto consigue, ha bebido en la copa del placer.

Selva es hombre de bastante audacia momentánea. Cuando la sangre en impetuosa marea se le viene sobre el cerebro y circula espumante por el tubo de su enorme carótida; cuando se siente herido en su amor propio, que es lo que él más cuida, estima y adora, entonces parece un toro a quien burlan con un mantón carmesí; entonces golpea el suelo con los pies, casi baila de cólera, levanta al aire los brazos, piensa en su pistola y se acerca a ella y la acaricia, como a la tigre el domador; jura poner fin al que se ha permitido insultarlo, y cosa que ha tratado de poner en práctica una vez, le ha dado este hecho de sangre una reputación de hombre feroz, de la cual Selva se jacta con cierta sonrisa de engreimiento que le sienta muy mal. El valor es una virtud magnífica cuando ese valor puede llevarnos a ponernos de escudo entre el débil y el fuerte que pretende humillarlo; cuando nos pone en la mano la espada que defiende la bandera de la patria; cuando en un lance de honor mantiene firme el arma con que apuntamos al pecho de nuestro adversario; cuando ese valor nos levanta sobre las dolencias humanas, para no dejarnos abatir por ellas, y nos sirve de coraza contra los infinitos contratiempos que nos circundan; cuando en la época de la desgracia, nos mantiene siempre erectos en mitad del torbellino; entonces, ah, ese don, esa altivez del espíritu, son dignos de los lauros; porque de igual con-

dición han sido aquéllas energías y resistencias que tuvieron todos los héroes de la Iliada, los semi-dioses del paganismo, y aquél más grande aún que ellos, que sucumbió impertérrito sobre los brazos de la cruz. Pero el arrebató de un instante que como súbita demencia nos arroja sobre el fantasma que suponemos nos provoca; la temeridad funesta que marcha sin brújula y sin objeto sobre un peligro, al cual con acometer no se alcanza más que dar pruebas de cómo el animal puede jugar su vida en un momento de capricho o de furia; esos impulsos a los cuales equivocadamente algunos apellidan valor, no han de merecer el galardón sino el reproche. Lo que se llama valor físico, no lo acreditamos muy grande en Carlos Selva, aunque lleve fama de tenerlo de buena clase entre varios de sus compatriotas. Su resolución es más bien cívica, y ya veremos cómo. Antes de estar en las incomodidades o peligros que se acarrea, los desafía a que vengan y sus provocaciones demuestran su decisión, pero cuando la cárcel o templado enemigo se le encara; cuando el destierro o la hora de ir a empuñar el rifle se le acerca, no es el mismo hombre que en su oficina arde como Roma, por los cuatro costados. Por eso atrás dijimos que su lanza está en la pluma. En el trance de la prisión, Selva se pone desesperado, se abate, rinde su sable, y por verse fuera de ella estrecharía la mano de su más implacable adversario. En nuestra presencia se ha dejado, y en un lugar público, golpear el rostro por el más duro de sus enemigos; y si es cierto que Selva se encontraba en aquél instante inerte y casi inerte y que su asaltante tenía en su favor su estado físico y su posición política, al día siguiente, para un hombre de firme resolución, había bastante tiempo para haber buscado al airado agresor y cancelar con él las cuentas de la noche anterior. Nada puede excusar a un varón de permitir él que otro le befe impunemente, aunque ése lleve una corona sobre la cabeza o una espada en la cintura.

Cuando Selva se ha visto en el destierro, sabemos cuánto ha luchado, cuánto ha maquinado por volver; y no es él una excepción, que a muchos hemos visto en estos días, jurados revolucionarios, pedir casi con lágrimas la libertad si estaban cautivos, la amnistía si fuera de su patria. No es así como se vence, no es así como una causa se enaltece.

Cuando en 1893, los liberales avanzaban sobre Managua, cuéntase que Selva, quien se hallaba en la capital, cuando cayó en ella la primera bomba, recibió en sus sistema un choque producido por los nervios, que lo hizo derramar la taza de café que en ese momento sostenía en la mano, sin que hubiese manera de ponérselos en quietud durante todo el día. Por tales motivos es que suponemos que este caballero, sólo es valiente a medias. Pero cuán pocos, sin embargo, son aquéllos que tienen el alma de un La Tude para engrandecerse entre el calabozo de una fortaleza; cuán escaso el número de los que al verse afrentados en sus personas o en la de sus compatriotas, van como Zollinger, como los matadores de Borja y de "Lili", a terminar de una vez su situación; cuán escogido aquél que entre Jersey y Guernesey, pasa diez y nueve años, sin querer aceptar nada del autócrata, y que no vuelve a sus campos nativos sino hasta el día en que Sedán le abre las puertas. Y ese mismo también cuán

escogido, cuando dejando la pluma que escribía "Nuestra Señora", se arroja con el rifle a las barricadas de París, para protestar con el arma en contra de aquel día de diciembre, que dió a Francia lustro y medio de funesto esplendor.

No faltará quien diga que somos muy parciales al juzgar a Selva; airados reclamamos van a salirnos al paso, pero ¿qué importa todo eso, si estas palabras que vamos escribiendo no encierran una gota de hiel ni un átomo de azúcar? Son pura y simplemente lo que nosotros suponemos que debemos decir para cumplir nuestra misión, que tiene por objeto el ponernos al servicio de la verdad. De trecho en trecho, aunque parezca trivial o estudiado, llamaremos la atención del lector hacia este punto que se relaciona con la serenidad de nuestro juicio.

A pesar de que Selva tiene a veces el espíritu bastante empapado de misantropía, enfermedad muy de su raza, en ocasiones suele ser festivo, y entonces aparece simpático. Cuando el alma se siente como desmayada en la carrera del estadio mundanal; cuando se mira hacia atrás y se ve cómo quedan en el camino donde se han impreso nuestras huellas, tantas plumas doradas de las que viste el pavo real de nuestras lindas quimeras; cuando se observa que la alfombra que empezamos teniendo de rosas a nuestro pies, va perdiendo en blandor y en hermosura y que al presente ya comenzamos a distinguir los primeros brazos escuetos y punzadores de los zarzales que nos aguardan, y en los que nuestras plantas van a enredarse y a ser destrozadas; cuando el cielo que ayer estaba limpio y sereno sobre nosotros, ya por todos sus ámbitos se empieza a oscurecer; entonces el contacto con los hombres, cuán sumamente incómodo parece, y lo mejor para permitir al pecho reponerse, es huir al retiro en donde sólo nos acompañan los insectos que zumbando se agitan en el aire de nuestra habitación. Las personas como Carlos Selva, los seres de un carácter como el suyo, no pueden nunca, si otros de distinta naturaleza lo consiguen, esquivarse a la misantropía que les acomete, cuando ya bajan como él la pendiente de la vida. Selva tiene horas en que se pone alegre como un chiquillo; y conocido cuanto es de iluminado, bien se explica que por ratos sienta relampaguear en su sistema bienandanzas fantásticas que lo enajenan.

De acuerdo con su heredada volubilidad, Carlos Selva no tiene ideas fijas sobre los sistemas gubernativos que más convienen a los pueblos. Acaso en el fondo de él late el demócrata, pero no surge a la superficie completamente convencido; y aunque en teoría se afana por demostrar que lo está y auténtica con energía su amor hacia todas las libertades, cuando se le sondea, cuando se ve tras él en la vida de la amistad, en el íntimo camino del hogar, se ve a Selva ser tan vario en sus relaciones que no es raro el encontrarle convertido una mañana en nihilista y a la siguiente o en la tarde del mismo día, hecho un retrógrado, que se pondría un escapulario sobre el pecho. Con frecuencia he oído a Selva hablar en estos términos sobre el absolutismo: ¿qué? nos ha dicho, un Czar de Rusia, un Sultán de Turquía, un Shah de Persia, son figuras magníficas; nada tienen de vulgares; mandan por derecho divino y así el pueblo piensa menos en lo-

curas; sabe que no hay puesto para él sobre aquellos tronos, y se está quieto; vive en su trabajo, y es feliz; ¿Por ventura es así en otros países donde todos tienen derecho a ver siempre con un ojo las alturas del poder, o donde a cualquier ciudadano le es posible llegar? Con excepción de los Estados Unidos, ninguna otra república ha podido progresar. De las latinoamericanas ya no hablemos; son puras falsificaciones, y a mí no me gustan las falsificaciones. Nuestros Estaditos están pidiendo limosna a todo el mundo; lo que inspiran es lástima. Chile, la Argentina, pues, son nada. Si no fuera por los italianos, Buenos Aires sería una aldea. Ahora, ¿Que ha sido de Suiza? Bélgica con su monarquía constitucional, está más floreciente, hace más ruido en el mundo, tiene más influencia en los problemas sociales de la Europa. Se la ve más, mucho más. Los cantones están como paralizados entre una comática somnolencia. Yo no veo el progreso de Suiza, si lo saco a estudiarlo en parangón con las necesidades del siglo y con los sentimientos y adelantos de esta misma época en que todo se revoluciona. Y Francia con ser Francia cuanto ha perdido desde que cayó en manos de la República; su población ha disminuído y una corrupción social, la más espantosa del siglo, la está matando. De Luis XIV a Félix Faure, qué diferencia. Aquello sí era grande; esto es pigmeo. Es preciso, amigo, nos siguió diciendo Selva, que todos aspiremos a tener Czar, un Sultán o un Shah.

Mucho fue nuestro asombro cuando poco después oíamos a Selva decirnos: ¿sabe usted que echando mis cálculos he venido a parar en lo cierto? Estoy convencido de que lo mejor para los países, sin duda alguna, es el gobierno monárquico constitucional. Vea usted a Inglaterra. Allí está la cosa. No hay cuestión. Inglaterra la de la prensa; qué seguridad la del individuo. Es donde yo me iría a vivir, si pudiera; a la islita ésa. Allí no hay tiranía de ninguna especie. Ser súbdito del monarca inglés, es ser tan monarca como él mismo. Los Estados Unidos se quedan muy atrás. Los alemanes son esclavos de un régimen militar autoritario; en la Gran Bretaña a nadie le ponen un rifle al hombro, si no lo quiere llevar. Y bien ¿qué cree usted sobre lo que pienso?

Después de estos dos discursos, tan distintos el uno del otro, Carlos Selva hace un cuarto de conversión y se torna republicano, demócrata. Todo esto en menos de veinticuatro horas. Ah, nos dice, es preciso admirar a ese pueblo en donde nació el leñador Lincoln. Vea usted, agregó, señalándonos a un pobre vendedor de zacate, que montado en su mula pasaba cerca de nosotros todo mojado por la lluvia; ése, ése, exclamaba Selva entusiasmado, puede ser presidente; me quedo con la república, repeta; la igualdad, la libertad, la fraternidad; y al llegar aquí se había quitado el sombrero y gesticulaba satisfecho de haber dado en el clavo, según él, de lo que más debía contribuir a la comodidad humana.

Antes de estudiar a Selva como literato y como diarista, hablaremos sobre dos circunstancias que se agregan como sombras al cuadro de su figura. La primera proviene como dura consecuencia de una gran contrariedad, la cual hemos hecho notar al principio de esta semblanza, y como efecto lógico de su mala educación. La segunda

nube que entolda el cuadro donde se destaca la personalidad de Selva, es la acusación de una falta ficticia que se le arroja, y de la cual nosotros vamos a defenderlo.

Cuando se siente conturbado por el tropel de sus ambiciones desechas al soplo de la suerte; cuando se presentan a su memoria las dichas que él soñó en el pasado, y sólo ve los sepulcros en donde yacen enterradas; cuando el fastidio le oprime; cuando su gran inteligencia se queda como eclipsada en medio de tantas nieblas, él no tiene la suficiente fuerza de voluntad para imponerse a sus angustias, y entonces acude para calmarlas al abuso del licor.

Cuán triste es verle entonces, y sin embargo cuán admirable resalta su poder intelectual. En tanto que su masa corpórea presenta el aspecto más desgraciado imaginable, cuando su lengua doblemente afectada por la torpeza que el alcohol le ocasiona y por una mala conformación física, casi no puede articular ni una palabra con claridad; cuando su mano trémula escribe una letra de difícil traducción, admira ver los pensamientos de Carlos Selva, y entusiasmo su fecundidad. Muchos de sus principales trabajos literarios han brotado en su robusto ingenio, estando el autor de esos panfletos en un estado de impotencia física casi completa. Polémicas enteras en las que ha salido victorioso, han sido sostenidas por él en condiciones en que apenas se sospecha que pueda quedar un átomo de razón en el cerebro. Pero aunque así sea; aunque veamos que cabezas privilegiadas sostienen el brillo de su fama, aun en medio de las sombras que circundan a un ebrio, no debe semejante circunstancia parecernos una atenuante para quien se arroja sin miramiento alguno por un camino reprobado. Ni excusan tampoco esos trastornos voluntarios, despechos ni desengaños, ni aburrimientos de la vida. En tal caso, si el corazón se siente débil para sobrellevar esas cargas, que se haga uso de un poco de valor y que se acabe todo con el suicidio que a lo menos acreditará dignidad, ya que no ha sido suficientemente virtuoso para rechazar sin doblarse la avalancha del dolor. Explicándose la desgracia del alcoholismo por medio de la ciencia, se viene a declarar este vicio, enfermedad. Hay personas que pueden beber cierta cantidad sin ser afectadas, pero hay otras que después de tener en el cuerpo una o dos copas de la sustancia espirituosa, se ven acometidas, así que va cesando el influjo de las primeras gotas ardientes que han echado en su organismo, de un desfallecimiento, de una tristeza, de una opresión en la región pulmonar y de una debilidad nerviosa tan extrema, que se les hace absolutamente necesario acudir de nuevo al delicioso tósigo, que va empeorando cada vez más al individuo, hasta ponerlo en un estado tal de locura y de angustia, que lo que principia siendo un placer se ve convertido en un infierno del que sólo se sale cuando ya el pobre delirante, sin esfuerzos ni para buscar la horrenda engañadora y falsa medicina, se deja sujetar por cualquiera ajena voluntad o se pone en manos de un médico, que por medios higiénicos le va sacando poco a poco del mundo fiero poblado de visiones terribles, de horas tremendas, en que debido a la debilidad de un minuto se ha derrumbado un hombre. Bien, pues; quien pueda conocerse; quien comprenda el efecto que una ino-

culación semejante por pequeña que sea puede causar en su sistema, mejor hará en no hacer pasar por su garganta ni una partícula de alcohol.

Si es verdad que como dice Chateaubriand, a todo se responde con la gloria, esa misma se empeña indecorosamente con nuestros míseros anhelos; y si el genio mismo no puede esquivarse al estigma que la historia le imprime cuando ha faltado a sus deberes, ¿qué será del pobre mortal que sin dotes superiores para compensar con algo sus miserias, va saltando sin freno sobre las reglas del honor, de la conciencia y de la fe?

Alguien ha dicho: Carlos Selva se vende al partido que lo quiere comprar. Esta aseveración está muy lejos de la verdad. Siendo Selva como es, uno de esos hombres que difícilmente se sienten satisfechos del modo con que se manejan los que gobiernan, si por un momento, engañado por las declaratorias de los caudillos, que prometen a los pueblos lo que nunca les dan; si por un día deslumbrado sueña con tener delante de sus ojos el sistema incomparable del gobierno paternal, luego viene el decaimiento que acomete el ánimo del periodista; y al conocer en toda su realidad el error que le había confundido, airado contra sí mismo y contra los falsos declamadores, vuelve contra ellos el cañón que antes disparaba desde las fortalezas de éstos, y empieza una carnicería entre los mismos a quienes hace poco defendía. A Carlos Selva no lo han comprado nunca, porque si es cierto que algunos mandatarios en la América Central, pusieron cierta subvención a los diarios de Selva, lo han hecho en las horas en que éste se encontraba en favor de ellos, creyéndolos cumplidos caballeros para con las leyes y la Constitución, y es entonces que han tenido a bien los mandatarios el hacer algún presente al adalid que por ellos se batía. No ha sido más ese pago material que una recompensa por su lucha tremenda. Mas no se ha conseguido nunca que cuando Selva se ha visto contrariado en sus teorías políticas, sea cualquiera la subvención que se conceda a su periódico, haya dejado de desbandar, desde el instante en que su razón y su conciencia le mandaban hacerlo. No se puede con justicia alguna querer infamar el nombre de este batallador, arrojándolo en las filas de los mercenarios que hoy pelean por Darío y mañana por Alejandro; que hoy toman entre sus labios la hostia de los católicos y mañana se descalzan en la puerta de la mezquita otomana; que hoy montan guardia al pie de las casas conservadoras, mientras esas están triunfantes, y mañana firman actas liberales, sin darse cuenta siquiera de lo que valen la dignidad y el carácter. De esos no es ni pudo ser Carlos Selva, a despecho de sus más grandes defectos y de sus más inicuos detractores. Nosotros nos sentimos satisfechos al tratar de defenderlo con nuestra pluma, porque siempre seremos dreyfusistas cuando el convicto en Rennes tenga de su lado el fallo de la declaratoria universal. Selva, ¿quién lo duda entre los que le conocen y han leído sus escritos, que aspira, sueño vano, inútil ambición, a encontrar en medio de nuestras razas latino-americanas tan indolentes y tan pobres de espíritu, la luz de la verdadera libertad? Bajo cualquiera forma de gobierno, llámese como este se llame, Selva quiere la independencia del yo humano, y ha de morir queriéndola, sin conseguirla jamás, y sin que a

la cabeza de su lecho mortuario llegue a inclinarse la esperanza que diga al que fallece, que los pueblos que España colonizó en América, están próximos a ser grandes por el poder de sus hijos, convertidos en inviolables ciudadanos. A Carlos Selva no le preocupa ni mucho ni poco el dardo que le tiran sus pequeños enemigos a la cara, porque si le pasa silbando cerca de los oídos, no rasguña ni siquiera su epidermis. La acusación de venal, de periodista que se vende en pública almoneda, puede quedar para otros de cuya especie conocemos algunos en los días actuales; puede quedar para esos tales que han hecho de la mesa de redacción un mostrador, y un bazar de su inteligencia; puede quedar para los que mañana llenarán de improperios a los que adulan hoy; pero no para el adalid decidido que como Selva se planta en medio de la vía a decir siempre la verdad. Ella le ha costado hu millaciones cuando se ha visto acometido por los que han tenido que escucharla; pero Selva la ha declarado siempre; y si después pena por ella y aparece débil una vez, colocado en el potro del tormento, nadie podrá negar que fue la pluma del escritor granadino, la que deja para la historia un noble documento, un discurso en favor de los derechos de la sociedad. Carlos Selva no ha hecho de su almacén de guerra un escaparate donde se exhiben confituras para todos los gustos; no ha hecho de su Santa Bárbara una despensa donde el estómago entona sus cantos gastronómicos; no, él no ha hecho una cosa semejante. Ha conocido bien que su pluma tenía una misión de alguna importancia y ha tratado de llenarla con entera buena fe. Hay lunares que pringan la fisonomía de su obra, pero no úlceras sifilíticas, que provienen de la descomposición completa de la sangre cuando agujerean la piel, y de la inicua degradación del alma cuando se observan sobre la conducta. Puede una mujer en busca de su ideal, entregarse a muchos brazos, pero ella no será necesariamente la impúdica ramera que según el número de pesos que recibe, es más o menos dulce, o más o menos deshonesta en su trabajo corporal.

Carlos Selva es un literato de poquísima monta. La historia que sabe es aquella misma que aprendió en los textos más reducidos de las escuelas de su tiempo. La historia de Francia se reduce para él a conocer que Napoleón era un gran soldado, que peleó en Marengo y en Austerlitz; pero de Santa Elena y del manejo del célebre Capitán en la isla, lo ignora casi todo. Sabe porque ha hojeado "Los Girondinos", que hubo una cosa que se llamó "Revolución Francesa", y a diestro y siniestro trae a cuento a Robespierre, Dantón y Marat. De Rusia, del Imperio Germánico, ¿de qué cuenta iba a conocer Carlos Selva cosa alguna? Sabe que Washington le dio independencia a los Estados Unidos; y en la guerra civil de éstos sólo pelearon, en concepto de Selva, dos generales, Grant y Lee; Sheridan, Stonewall, McPherson, para él son desconocidos, y mucho menos puede dar un solo nombre de las batallas que se libraron por la libertad de los esclavos.

La literatura del mundo se reduce para él a Víctor Hugo, cuyas obras poéticas no ha leído nunca, y al mulato Dumas; de modo que si se habla de novelas al punto sale con los "Tres Mosqueteros y El Conde", el célebre "Conde". Dramas, pues Selva sólo tiene en la biblioteca de

su memoria "El Trovador, Macías, Don Juan Tenorio", pero de Racine, de Molière, de Calderón, de Sófocles, ni por asomo se ha dado el gusto de saborear una línea. Poemas líricos, no hay para él más que "El Diablo Mundo y Don Juan", porque en su concepto sólo ha habido dos poetas: Espronceda y Byron. Del primero conoce además el canto a "Teresa" y del segundo la poesía titulada, "Adiós por siempre". Cuando la recita se posesiona tanto del espíritu de la obra, que se imagina que él es el bardo inglés con todas sus olímpicas tristezas y que le está dando la despedida a una ingrata que le amó pero que le abandona. En tales situaciones, Carlos Selva sólo es digno de una compasión inmensa, y queda expuesto al sarcasmo de los que no se la tienen.

Carlos Selva, como vamos diciendo, es atrasado en historia de un modo asombroso, y llena de curiosidad lo que forma su ajuar de escritorio. Como si jamás debiera verse en la necesidad de hacer una consulta respecto del significado de una palabra de su idioma, no se encuentra sobre aquella mesa de redacción, un sólo diccionario de la ínfima clase. Sabe de ortografía lo que ha logrado aprender en el manejo perpetuo de la pluma, y no deja de acertar en la colocación de los signos que corresponden a las pausas de la lectura y de la dicción. Su sintaxis suele ser torcida con frecuencia; sus oraciones faltas de elegancia; llega a ser tosco su estilo, como un tronco envejecido. ¿En dónde está, pues, el mérito de este hombre que se llama Carlos Selva, si con tan escaso adorno en su prosa, le ha sido dable ocupar un puesto tan culminante entre los soldados de la prensa en la América Central? ¿Cómo el nombre de este paladín tan estrambótico, que ha usado como si dijéramos una especie de molde para sus artículos principales, cómo ese nombre es pronunciado con entusiasmo por nacionales y extranjeros desde un punto al otro de la garganta de tierra que forma nuestras cinco repúblicas? Varias personas, a pesar de la fama tan general de Carlos Selva en su calidad de diarista, discrepan en concederle los méritos que nosotros, que nos hacemos eco de lo que dicen casi todos, vamos a consignar para siempre sobre esta hoja de estraza. Cabezas que se llaman muy claras; corazones bien dispuestos y grandes, no están de acuerdo con las virtudes de Selva, en la materia de que hablamos; y de más de una de tan firmes inteligencias y de pechos tan sanos, hemos tenido la pena de saber, raro juicio, que el notable nicaragüense que ha sido el redactor de "La Tribuna, El Diarito" y que ha coadyuvado como pocos a la existencia de los más grandes periódicos del país, es un pobre mentecato sin talento y sin instrucción. Si es cierto que de instrucción carece, su talento es de una forma que no puede ser imitado así no más. Entremos, pues, a decir algunas palabras sobre el hombre a quien hemos tratado de estereotipar. Sin exageración ninguna, sin ningún interés, claros como el agua de una fuente limpia, llegamos al término de esta semblanza, habiendo dejado para el toque final el mérito más sobresaliente de Selva, el más rico de sus dones, que hace como perdonarle sus raros extravíos, sus arrebatos mórbidos, su dudosa energía.

Carlos Selva periodista, como lo es, nos trae este símil a la mente; el de un "bulldog" que agarra su presa, y no la suelta sino cuando se viene entre los comillos de

la fiera, el pedazo de carne, con los músculos y el hueso. ¡Y cómo saborea después aquél bocado; qué manjar tan delicioso es para él el botín que le deja su embestida!

Sentado sobre su silla giratoria, hemos visto a Selva, con su pantalón de lino, en mangas de camisa y con la pluma sujeta de un modo raro entre los dedos; la toma colocándola entre el índice y el de en medio. Teniendo a su lado un cajista, va Selva, como si su mano fuera perseguida por un demonio, rompiendo a veces el papel, otras cubriéndolo de borrones, pero siempre formidable cada una de las líneas que formula su cerebro. ¿Y si es tan escaso en conocimientos, repetimos, cómo supera a su propia deficiencia, cómo se hace superior a su ignorancia? No acertamos a explicarlo; sólo podemos decir que sobre cualquier asunto que un periodista propone, de esos que han tenido la honra de medirse con él, el redactor de "El Diarista" se arroja como el águila, si está en desacuerdo con lo que se dice, y tomando a su cargo la doctrina que se discute, la divide en partes, la somete a un análisis, como si fuera un químico de la idea, y después de haberla descompuesto, nos prueba que su adversario no ha tenido razón; y cuanto hay de nocivo, de inútil, de pequeño, de esclavista en el escrito que tritura, lo pone con tanta evidencia ante nuestros ojos, que no podemos hacer otra cosa que confesar, con profunda convicción, que están en lo cierto las páginas terribles y proféticas de Carlos Selva. Sus publicaciones, pues, valen no por la forma, no por el brillo del ropaje que visten. Repite palabras en párrafos cortísimos; deja los períodos truncados en los puntos en que parece más necesaria la elocuencia; aplasta con una broma de mal gusto una inspiración que le venía; pero en el fondo de aquélla lucubración, grande y deforme, se sinete palpar la idea atlética, se ve el verbo incubando su númen; se percibe la razón y la lógica, arrojando sus torrentes de convicción, como un río caudaloso que corriendo entre vírgenes riberas, refleja el cielo azul o tempestuoso, y la luz del sol cuando éste luce, o la de innúmeros astros cuando avanza la noche. Las masas, que son las que deciden de la reputación de un hombre, han declarado con ingenuo entusiasmo que Carlos Selva es el primer diarista de su tierra; el único que este título puede merecer entre nosotros; y su corona que está hecha del árbol que el rayo respeta, será la gloria de la vida del ilustre escritor y el monumento más rico de su tumba. La verdad ha sido el Norte de Selva en la prensa. Cuando se le contempla batirse contra muchos enemigos en la batalla, recuerda uno al célebre Tancredo de Torcuato, que con su espada iba en pos de las huestes de Mahoma, o al bravo Ricardo cuya masa tremenda se hacía respetar entre cien turbantes que cubrían las cabezas de airados musulmanes. Entra Selva de lleno en la disputa. No lee lo que escribe. Avanza solamente, y avanza, rompe su fuego sobre el centro; primero caracolea con la caballería ligera, y sofoca a las líneas de defensa que se le oponen; luego son los coraceros los que empuja sobre los cuadros; después entra su infantería compuesta como la guardia imperial de Napoleón, de hombres pesados y feos, pero irresistibles; y cuando aquéllas fuerzas que le

acompañan se hallan medio diezmadas, abre toda la fila de sus cañones de repetición; hacina proyectiles sobre una masa que vacila; se ve humear el campamento, y termina aquella liza con un final que significa la victoria, y asiste el público a las bases de paz, que se arreglan con el completo triunfo para Selva. Tal es el espectáculo que ha dado siempre a sus lectores tan asiduos como entusiasmados.

El hombre en mayor o menor escala tiene defectos que afean a esa criatura que dicen fue hecho a imagen de Dios; de ese Dios tan extraño, que se complace en formar una cosa a su imagen, y que haciéndose llamar el todo perfecto, coloca en ese representante de su eternal grandeza, un ser cargado de crímenes, cuando menos de faltas que le siguen desde la cuna hasta la sepultura. La persona que no asesina, roba; la que no roba, calumnia; la que no calumnia, estupra; la que esto no hace, es cobarde; la que no lo es, se emborracha; en fin, desde el monarca hasta el esclavo, todos llevamos en el alma un virus que nos envenena, una sombra que nos recordará eternamente que casi todo nuestro origen brotó de la arena hedionda en la cual pululan los gusanos. Dios es muy extraño; él dicen que desea que seamos perfectos; esto, como lo primero, lo aseguran otros hombres; el mismo Dios no lo ha dicho todavía. Seamos claros, razonables y justos hasta donde sea posible, hasta el límite siquiera adonde es dable subir al espíritu que llevamos entre el cuerpo, o en el cuerpo, porque casi no es dudoso de que lo llevamos. Aceptados estos principios, condenemos a los seres que pudiendo ser mejores no quieren serlo, pero no los sometamos a la tortura de nuestra crueldad. A los pecadores que para otra cosa no sirven que para pecar, tengámosles compasión y de ellos hagamos caso omiso. Veámosles pasar como sombras; no les neguemos, sí, nuestra piedad; pero cuando se trate de aquéllos que han contribuído en algo a que se coloque una hermosa piedra en el edificio del arte, o que hayan llamado la atención con su elocuencia a lo que valen nuestros derechos; cuando se trate de los hombres que por un talento superior, que por un corazón gallardo, estén colocados en una eminencia sobre la cual fijan la atención general; cuando se trate de tales hijos de Dios, entonces perdonemos sus crímenes, si los arrastran; sus faltas, si las tienen; compadecemoslos también hondamente cuando los veamos delinquir; pero en sus encarnaciones contemplemos a dignatarios más escogidos del Señor de las alturas, a representantes más perfectos del genio de la Creación; a unas aves que vuelan más cerca de donde brilla el mundo eterno, y tengamos por ellos el respeto que se merecen, la admiración que deben despertar y el cariño que sus obras nos están reclamando. Tratemos de echar un velo sobre sus grandes tropiezos; y cuando de esos atletas querramos hablar ante la historia, si recordamos para describirlos sus desvíos terrenos, tratemos de apagar la imagen de éstos con el reflejo sublime que sus acciones bellas despiden sobre la humanidad.

(Publicado en "El Iris de la tarde": 1898-1899)